Bari-loche

(*Por Rudy*) Tobías llegó a Bariloche. Mientras el micro doblaba por la calle Obergrupenfuhrer Klaus von Überalles y se acercaba lentamente a la Posta dell'Duce, Tobías pensó que ese era el lugar ideal para practicar el esquí en verano, sin nieve que entorpezca ni nada.

Entró en la posada y se acercó a Conserjería.

–¿Qué desea? –le preguntó el recepcionista.

–¿Cómo qué deseo? ¿Qué puedo desear estando aquí?

–Entiendo, usted desea una habitación.

–Si yo deseara una habitación hubiera ido a la habitacionería, yo lo que deseo es un conserje, porque como dijo el Martín Fierro, "un padre que da conserjes, más que un padre es un amigo".

–Lo siento, pero acá sólo tenemos habitaciones. Le puedo ofrecer una con pensión completa: incluye desayuno, almuerzo, cena y actividades recreativas.

–¿Qué actividades recreativas?

–En invierno, esquí; en verano, pegarle a Astiz. También lo podemos llevar a conocer el Perito Moreno.

–¿Y eso qué es, un lago?

–No, glaciar.

–De nada, pero yo quería saber qué es.

–Es un gran hielo.

–Ah, un nazi.

–No, no exactamente, pero si usted quiere nazis, se los puedo conseguir a precios promocionales, digamos por oferta de temporada primavera-verano, son algo viejitos, no lo voy a negar, pero todavía saludan levantando el brazo derecho, bueno, salvo uno que tiene artritis, y levanta el izquierdo, y otro que tiene Alzheimer y levanta la oreja mientras grita ¡Ach, Ach, Ach!

–No me interesa.

–También vendemos chocolate.

–Estoy a dieta, tengo alto el colesterol.

–Acá para eso tenemos un doctor bárbaro, el Uberdoctorfuhrer Meincamps.

–¿Y cómo hace para bajarme el colesterol?

–El tiene sus métodos.

–Mire, la verdad, no me interesa nada de eso, yo lo que quiero es ir a ver el monumento a la memoria de Erich Priebke.

–Pero si Priebke todavía no se murió.

–El no, pero su memoria sí.



VERANO 12

El experimento

La primera máquina del tiempo, caballeros –informó orgullosamente el profesor Johnson a sus dos colegas–. Es cierto que sólo se trata de un modelo experimental a escala reducida. Unicamente funcionará con objetos que pesen menos de un kilo y medio y en distancia hacia el pasado o el futuro de veinte minutos o menos. Pero funciona.

El modelo a escala reducida parecía una pequeña maqueta, a excepción de dos esferas visibles debajo de la plataforma.

El profesor Johnson exhibió un pequeño cubo metálico.

–Nuestro objeto experimental –dijo– es un cubo de latón que pesa quinientos cuarenta y siete gramos. Primero, lo enviaré cinco minutos hacia el futuro.

Se inclinó hacia delante y movió una de las esferas de la máquina del tiempo.

–Consulten su reloj –advirtió.

Todos consultaron su reloj. El profesor Johnson colocó suavemente el cubo en la plataforma de la máquina. Se desvaneció.

Al cabo de cinco minutos justos, ni un segundo más ni un segundo menos, reapareció.

El profesor Johnson lo cogió.

–Ahora, cinco minutos hacia el pasado. –Movió otra esfera. Mientras aguantaba el cubo en una mano, consultó su reloj–. Faltan seis minutos para las tres. Ahora activaré el mecanismo –poniendo el cubo sobre la plataforma– a las tres en punto. Por lo tanto, a las tres menos cinco, el cubo debería desvanecerse de mi mano y aparecer en la plataforma, cinco minutos antes de que yo lo coloque sobre ella.

–En este caso, ¿cómo puede colocarlo? –preguntó uno de sus colegas.

–Cuando yo aproxime la mano, se desvanecerá de la plataforma y aparecerá en mi mano para que yo lo coloque sobre ella. Las tres. Presten atención, por favor.

El cubo desapareció de su mano.

Apareció en la plataforma de la máquina de tiempo.

–¿Lo ven? ¡*Está* allí, cinco minutos antes de que yo lo coloque!

Su otro colega miró el cubo con el ceño fruncido. –Pero –dijo– ¿y si, ahora que ya ha sucedido cinco minutos antes de colocarlo ahí, usted cambiara de idea y *no* lo colocase en ese lugar? ¿No implicaría eso una paradoja de alguna clase?

–Una idea interesante –repuso el profesor Johnson–. No se me había ocurrido, y resultará interesante comprobarlo. Muy bien, *no* pondré...

No hubo ninguna paradoja. El cubo permaneció allí.

Pero el resto del universo, profesores y todo, se desvaneció.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. I

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo fue un hombre feliz. Comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Podía convertirse en el hombre más rico del mundo, inmensamente más rico de lo que en sus sueños de avaricia había podido imaginar. Todo lo que debía hacer era realizar cortos viajes al futuro para enterarse de los productos que habían subido y de los caballos que habían ganado en las carreras, volver al presente y comprar esos productos o apostar a esos caballos.

Naturalmente, las carreras serían lo primero, pues necesitaría un gran capital para especular, mientras que, en una pista, podía empezar con una apuesta de dos dólares y transformarla rápidamente en miles. Pero tenía que ser en una pista; arruinaría demasiado de prisa a cualquier corredor con el que jugara y, además, no conocía a ninguno. Desgraciadamente, las únicas pistas que funcionaban entonces estaban en California del Sur y en Florida, lugares más o menos equidistantes, a los que sólo podría llegar pagando cien dólares por un billete de avión. No tenía ni una mínima parte de esa suma y tardaría varias semanas antes de ahorrar tanto con su sueldo de empleado de almacén en un supermercado. Sería horrible tener que esperar tanto, aunque fuera para empezar a hacerse rico.

De pronto recordó la caja fuerte del supermercado donde trabajaba, en el turno de la tarde, de una del mediodía hasta que el supermercado cerraba a las nueve. En esa caja fuerte debía de haber unos mil dólares como mínimo, y tenía una cerradura de tiempo. ¿Acaso había algo mejor que una máquina del tiempo para vencer a una cerradura de tiempo?

Cuando aquel día se fue a trabajar, llevó la máquina consigo; era compacta y la había diseñado para que cupiera en el estuche de la máquina fotográfica que ya tenía a fin de no tropezar con dificultades de ninguna clase si decidía llevarla a la tienda, y al meter el abrigo y el sombrero en el armarito también metió la máquina.

Trabajó como siempre hasta unos minutos antes de cerrar. Entonces se escondió tras un montón de cajas que había en el almacén. Estaba seguro de que, en el éxodo general, nadie le echaría de menos, y así fue. De todos modos, permaneció una hora en su escondite para asegurarse de que todo el mundo se había ido. Entonces salió, extrajo la máquina del tiempo del armarito, y se dirigió hacia la caja fuerte. Esta debía abrirse automáticamente el cabo de otras once horas; él reguló su máquina del tiempo para este mismo espacio de tiempo.

Asió fuertemente el tirador de la caja fuerte –gracias a uno o dos experimentos anteriores, había comprobado que todo lo que llevara, sostuviera, o agarrara, viajaba con él en el tiempo– y apretó el botón.

No sintió la transición, pero de repente oyó el chasquido de la caja fuerte al abrirse, y, al mismo tiempo, oyó diversas exclamaciones y voces excitadas a su espalda. Se apresuró a dar media vuelta, consciente del error que había cometido; eran las nueve de la mañana siguiente y los empleados del supermercado –los del primer turno– ya estaban allí, habían visto que la caja no estaba en su lugar habitual, y se habían quedado allí mientras decidían lo que debían hacer... cuando la caja y Eustace Weaver aparecieron súbitamente. Por fortuna, aún tenía la máquina del tiempo en la mano. Rápidamente giró la esfera hasta el cero –que, según sus cálculos, sería el momento exacto en que terminara su labor– y apretó el botón.

Y, naturalmente, regresó antes de haber comenzado, y...

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. II

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Para hacerse rico, todo lo que debía hacer era realizar cortos viajes al futuro para enterarse de los caballos que iban a ganar y de los productos que iban a subir, volver y apostar a los caballos o comprar los productos.

Los caballos serían lo primero, porque requerían menos capital, pero ni siquiera tenía dos dólares para hacer una apuesta, y mucho menos el importe del billete de avión hasta la pista más cercana donde corrían los caballos.

Pensó en la caja fuerte del supermercado donde trabajaba como empleado de almacén. Esa caja debía de contener unos mil dólares como mínimo, y tenía una cerradura de tiempo. Una cerradura de tiempo sería un juego de niños para una máquina del tiempo.

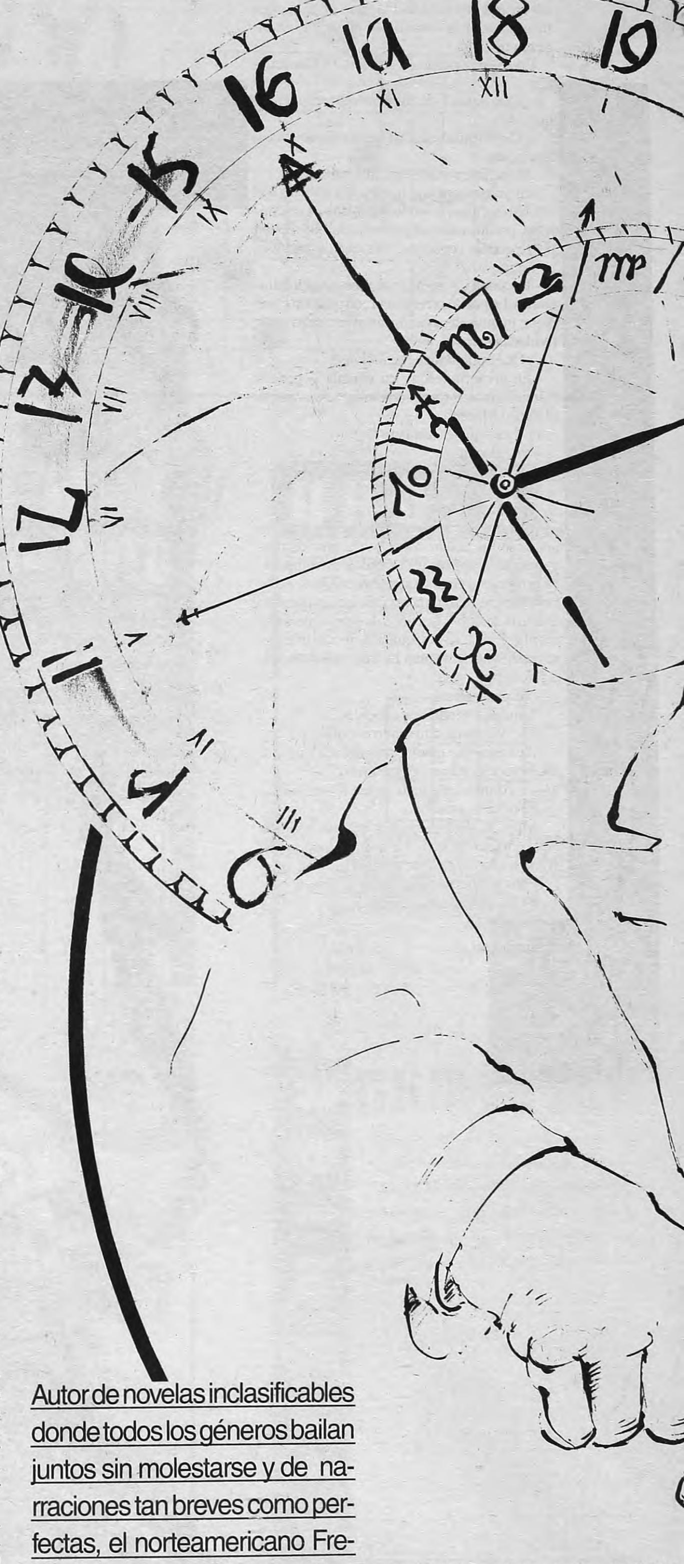
Así que, cuando aquel día se fue a trabajar, llevó consigo la máquina del tiempo en el estuche de una cámara fotográfica y la dejó en su armarito. Cuando cerraron, a las nueve, se escondió en el almacén y esperó una hora hasta asegurarse de que todo el mundo se había ido. Entonces extrajo la máquina del tiempo del armarito, y se dirigió con ella hacia la caja fuerte.

Reguló la máquina para once horas después, y entonces se le ocurrió algo en lo que aún no había pensado. Esa regulación le transportaría a las nueve de la mañana siguiente. La caja fuerte se abriría por sí sola, pero el supermercado estaría abriendo sus puertas y habría gente por todas partes. Así que reguló la máquina para veinticuatro horas después, asió el tirador de la caja fuerte y apretó el botón de la máquina del tiempo

Al principio creyó que nada había sucedi
Después vio que el tirador de la caja fuerte
raba cuando él lo movía y comprendió que l
bía dado el salto hasta la noche del día sigui
te. Y, naturalmente, el mecanismo de tiempo
la caja fuerte se había abierto en el camino. Ab
la puerta y cogió todo el dinero en efectivo q
había dentro, metiéndoselo en diversos bolsill

Se dirigió hacia la puerta del callejón pa
marcharse, pero antes de levantar el pestillo q
la cerraba desde dentro, tuvo una brillante id
Si en vez de marcharse por una puerta, se m
chaba utilizando la máquina del tiempo, no s
lo acrecentaría el misterio al dejar el local h
méticamente cerrado, sino que retrocedería
tiempo y lugar hasta el momento en que ter
nó la máquina, un día y medio *antes* del robo

Y, cuando el robo tuviese lugar, él dispond
de una coartada perfecta; estaría en un hotel
Florida o California, en posesión de más de
dólares. No había pensado en su máquina
tiempo como una productora de coartadas, p
ro entonces se dio cuenta de que era perfecta p
ra esa finalidad.



Autor de novelas inclasificables donde todos los géneros bailan juntos sin molestarse y de narraciones tan breves como perfectas, el norteamericano Fredric Brown –con el tiempo y luego de su muerte prematura en 1972– fue rescatado del para muchos culposo y vergonzante territorio de la ciencia-ficción de revista "pulp" para ser justamente ubicado junto a próceres del calibre de J. D. Salinger, Ambrose Bierce y Saki. A continuación tres variaciones sobre la relatividad de un mismo tema difícil de resolver pero apasionante a la hora de narrar.

tres fantasías temporales

Por Fredric Brown

Autor de novelas inclasificables donde todos los géneros bailan juntos sin molestarse y de narraciones tan breves como perfectas, el norteamericano Fredric Brown –con el tiempo y luego de su muerte prematura en 1972– fue rescatado del para muchos culposo y vergonzante territorio de la ciencia-ficción de revista "pulp" para ser justamente ubicado junto a próceres del calibre de J. D. Salinger, Ambrose Bierce y Saki. A continuación tres variaciones sobre la relatividad de un mismo tema difícil de resolver pero apasionante a la hora de narrar.

El experimento

La primera máquina del tiempo, caballeros –informó orgullosamente el profesor Johnson a sus dos colegas–. Es cierto que sólo se trata de un modelo experimental a escala reducida. Unicamente funcionará con objetos que pesen menos de un kilo y medio y en distancia hacia el pasado o el futuro de veinte minutos o menos. Pero funciona.

El modelo a escala reducida parecía una pequeña maqueta, a excepción de dos esferas visibles debajo de la plataforma.

El profesor Johnson exhibió un pequeño cubo metálico.

–Nuestro objeto experimental –dijo– es un cubo de latón que pesa quinientos cuarenta y siete gramos. Primero, lo enviaré cinco minutos hacia el futuro.

Se inclinó hacia delante y movió una de las esferas de la máquina del tiempo.

–Consulten su reloj –advirtió.

Todos consultaron su reloj. El profesor Johnson colocó suavemente el cubo en la plataforma de la máquina. Se desvaneció.

Al cabo de cinco minutos justos, ni un segundo más ni un segundo menos, reapareció.

El profesor Johnson lo cogió.

–Ahora, cinco minutos hacia el pasado. –Movió otra esfera. Mientras aguantaba el cubo en una mano, consultó su reloj–. Faltan seis minutos para las tres. Ahora activaré el mecanismo –poniendo el cubo sobre la plataforma– a las tres en punto. Por lo tanto, a las tres menos cinco, el cubo debería desvanecerse de mi mano y aparecer en la plataforma, cinco minutos antes de que yo lo coloque sobre ella.

–En este caso, ¿cómo puede colocarlo? –preguntó uno de sus colegas.

–Cuando yo aproxime la mano, se desvanecerá de la plataforma y aparecerá en mi mano para que yo lo coloque sobre ella. Las tres. Presten atención, por favor.

El cubo desapareció de su mano.

Apareció en la plataforma de la máquina de tiempo.

–¿Lo ven? ¡*Está* allí, cinco minutos antes de que yo lo coloque!

Su otro colega miró el cubo con el ceño fruncido. –Pero –dijo– ¿y si, ahora que ya ha sucedido cinco minutos antes de colocarlo ahí, usted cambiara de idea y *no* lo colocase en ese lugar? ¿No implicaría eso una paradoja de alguna clase?

–Una idea interesante –repuso el profesor Johnson–. No se me había ocurrido, y resultará interesante comprobarlo. Muy bien, *no* pondré...

No hubo ninguna paradoja. El cubo permaneció allí.

Pero el resto del universo, profesores y todo, se desvaneció.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. I

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo fue un hombre feliz. Comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Podía convertirse en el hombre más rico del mundo, inmensamente más rico de lo que en sus sueños de avaricia había podido imaginar. Todo lo que debía hacer era realizar cortos viajes al futuro para enterarse de los productos que habían subido y de los caballos que habían ganado en las carreras, volver al presente y comprar esos productos o apostar a esos caballos.

Naturalmente, las carreras serían lo primero, pues necesitaría un gran capital para especular, mientras que, en una pista, podía empezar con una apuesta de dos dólares y transformarla rápidamente en miles. Pero tenía que ser en una pista; arruinaría demasiado de prisa a cualquier corredor con el que jugara y, además, no conocía a ninguno. Desgraciadamente, las únicas pistas que funcionaban entonces estaban en California del Sur y en Florida, lugares más o menos equidistantes, a los que sólo podría llegar pagando cien dólares por un billete de avión. No tenía ni una mínima parte de esa suma y tardaría varias semanas antes de ahorrar tanto con su sueldo de empleado de almacén en un supermercado. Sería horrible tener que esperar tanto, aunque fuera para empezar a hacerse rico.

De pronto recordó la caja fuerte del supermercado donde trabajaba, en el turno de la tarde, de una del mediodía hasta que el supermercado cerraba a las nueve. En esa caja fuerte debía de haber unos mil dólares como mínimo, y tenía una cerradura de tiempo. ¿Acaso había algo mejor que una máquina del tiempo para vencer a una cerradura de tiempo?

Cuando aquel día se fue a trabajar, llevó la máquina consigo; era compacta y la había diseñado para que cupiera en el estuche de la máquina fotográfica que ya tenía a fin de no tropezar con dificultades de ninguna clase si decidía llevarla a la tienda, y al meter el abrigo y el sombrero en el armarito también metió la máquina.

Trabajó como siempre hasta unos minutos antes de cerrar. Entonces se escondió tras un montón de cajas que había en el almacén. Estaba seguro de que, en el éxodo general, nadie le echaría de menos, y así fue. De todos modos, permaneció una hora en su escondite para asegurarse de que todo el mundo se había ido. Entonces salió, extrajo la máquina del tiempo del armarito, y se dirigió hacia la caja fuerte. Esta debía abrirse automáticamente al cabo de otras once horas; él reguló su máquina del tiempo para este mismo espacio de tiempo.

Asió fuertemente el tirador de la caja fuerte –gracias a uno o dos experimentos anteriores, había comprobado que todo lo que llevara, sostuviera, o agarrara, viajaba con él en el tiempo– y apretó el botón.

No sintió la transición, pero de repente oyó el chasquido de la caja fuerte al abrirse, y, al mismo tiempo, oyó diversas exclamaciones y voces excitadas a su espalda. Se apresuró a dar media vuelta, consciente del error que había cometido; eran las nueve de la mañana siguiente y los empleados del supermercado –los del primer turno– ya estaban allí, habían visto que la caja no estaba en su lugar habitual, y se habían quedado allí mientras decidían lo que debían hacer... cuando la caja y Eustace Weaver aparecieron súbitamente. Por fortuna, aún tenía la máquina del tiempo en la mano. Rápidamente giró la esfera hasta el cero –que, según sus cálculos, sería el momento exacto en que terminara su labor– y apretó el botón.

Y, naturalmente, regresó antes de haber comenzado, y...

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. II

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Para hacerse rico, todo lo que debía hacer era realizar cortos viajes al futuro para enterarse de los caballos que iban a ganar y de los productos que iban a subir, volver y apostar a los caballos o comprar los productos.

Los caballos serían lo primero, porque requerían menos capital, pero ni siquiera tenía dos dólares para hacer una apuesta, y mucho menos el importe del billete de avión hasta la pista más cercana donde corrían los caballos.

Pensó en la caja fuerte del supermercado donde trabajaba como empleado de almacén. Esa caja debía de contener unos mil dólares como mínimo, y tenía una cerradura de tiempo. Una cerradura de tiempo sería un juego de niños para una máquina del tiempo.

Así que, cuando aquel día se fue a trabajar, llevó consigo la máquina del tiempo en el estuche de una cámara fotográfica y la dejó en su armarito. Cuando cerraron, a las nueve, se escondió en el almacén y esperó una hora hasta asegurarse de que todo el mundo se había ido. Entonces extrajo la máquina del tiempo del armario, y se dirigió con ella hacia la caja fuerte.

Reguló la máquina para once horas después, y entonces se le ocurrió algo en lo que aún no había pensado. Esa regulación le transportaría a las nueve de la mañana siguiente. La caja fuerte se abriría por sí sola, pero el supermercado estaría abriendo sus puertas y habría gente por todas partes. Así que reguló la máquina para veinticuatro horas después, asió el tirador de la caja fuerte y apretó el botón de la máquina del tiempo.

Al principio creyó que nada había sucedido. Después vio que el tirador de la caja fuerte giraba cuando él lo movía y comprendió que había dado el salto hasta la noche del día siguiente. Y, naturalmente, el mecanismo de tiempo de la caja fuerte se había abierto en el camino. Abrió la puerta y cogió todo el dinero en efectivo que había dentro, metiéndoselo en diversos bolsillos.

Se dirigió hacia la puerta del callejón para marcharse, pero antes de levantar el pestillo que la cerraba desde dentro, tuvo una brillante idea. Si en vez de marcharse por una puerta, se marchaba utilizando la máquina del tiempo, no sólo acrecentaría el misterio al dejar el local herméticamente cerrado, sino que retrocedería en tiempo y lugar hasta el momento en que terminó la máquina, un día y medio *antes* del robo.

Y, cuando el robo tuviese lugar, él dispondría de una coartada perfecta; estaría en un hotel de Florida o California, en posesión de más de mil dólares. No había pensado en su máquina del tiempo como una productora de coartadas, pero entonces se dio cuenta de que era perfecta para esa finalidad.

Hizo girar la esfera hasta el cero y apretó el botón.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. III

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Especulando en las carreras y la Bolsa, podía hacerse fabulosamente rico en muy poco tiempo. La única dificultad residía en que estaba sin un céntimo. De pronto recordó la tienda donde trabajaba y la caja fuerte con una cerradura de tiempo que en ella había. Una cerradura de tiempo no suponía ningún problema para un hombre que tenía una máquina del tiempo.

Se sentó en el borde de la cama para pensar. Se metió la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos, y los sacó... pero junto con ellos salió un montón de dinero, ¡un puñado de billetes de diez dólares! Miró a los demás bolsillos y encontró dinero en todos y cada uno de ellos. Lo amontonó encima de la cama y, tras contar los billetes grandes y calcular el importe de los pequeños, descubrió que tenía unos cuatrocientos dólares.

De repente comprendió lo ocurrido, y se echó a reír. *Ya* había avanzado en el tiempo y vaciado la caja fuerte del supermercado, utilizando después la máquina del tiempo para retroceder al momento en que la había inventado. Y como el robo, en tiempo normal, aún no había sucedido, todo lo que tenía que hacer era salir rápidamente de la ciudad y encontrarse a miles de kilómetros de distancia de la escena del delito cuando éste sucediera.

Al cabo de dos horas, estaba en un avión con destino a Los Angeles –y la pista de Santa Anita–, sumido en profundas reflexiones. Algo que había olvidado considerar era el hecho aparente de que, cuando realizaba un viaje al futuro y regresaba, no se acordaba de lo que todavía no había ocurrido.

Pero el dinero había regresado con él. De igual modo regresarían los pagarés, los programas de las carreras de caballos, y las páginas financieras de los periódicos. Daría resultado.

En Los Angeles, cogió un taxi hasta el centro y se alojó en un buen hotel. Ya era de noche, y consideró brevemente la posibilidad de viajar hasta el día siguiente para ahorrarse la espera, pero comprendió que estaba cansado y tenía sueño. Se acostó y durmió hasta el mediodía del día siguiente.

El taxi que abordó se vio mezclado en un atasco de tráfico, y no llegó a la pista de Santa Anita hasta poco después de la primera carrera, pero llegó a tiempo de leer el número del ganador en la pizarra de anuncios y anotarlo en su hoja volante. Presenció otras cinco carreras, sin apostar, pero anotando el ganador de cada carrera, y decidió no molestarse en presenciar la última. Abandonó la tribuna principal y buscó un lugar apartado donde nadie pudiera verle. Reguló la esfera de su máquina del tiempo hasta dos horas antes, y apretó el botón.

Pero no sucedió nada. Lo intentó nuevamente con el mismo resultado y entonces una voz a su espalda dijo:

–No funcionará. Está en un campo desactivado.

Dio rápidamente media vuelta y se encontró frente a dos hombres jóvenes, altos y delgados, uno rubio y el otro moreno, con una mano en el bolsillo como si empuñaran una pistola.

–Somos miembros de la Policía del Tiempo –explicó el rubio–, y venimos del siglo veinticinco. Hemos acudido para castigarle por uso ilegal de una máquina del tiempo.

–Pe... pero –tartamudeó Weaver–, ¿có...cómo iba yo a saber que las carreras eran...? –Su voz se hizo algo más firme–. Además, todavía no he hecho ninguna apuesta.

–Eso es cierto –dijo el joven rubio–. Sin embargo, cuando descubrimos que el inventor de una máquina del tiempo la utiliza para ganar en cualquier juego de azar, le advertimos por ser la primera vez. Pero hemos seguido su pista y descubierto que el primer empleo que usted dio a su máquina del tiempo fue para robar dinero de una tienda. Y esto constituye un delito en todos los siglos. –Sacó algo parecido a una pistola de uno de sus bolsillos.

Eustace Weaver dio un paso atrás.

–No... no querrá decir que... –Es exactamente lo que quiero decir –repuso el joven rubio, apretando el gatillo. Y esta vez, con la máquina desactivada, supuso el fin para Eustace Weaver.

El final

El profesor Jones había trabajado en la teoría del tiempo a lo largo de muchos años.

–Y he encontrado la ecuación clave –dijo un buen día a su hija–. El tiempo es un campo. La máquina que he fabricado puede manipular, e incluso invertir, dicho campo.

Apretando un botón mientras hablaba, dijo:

–Esto hará retroceder el tiempo el retroceder hará esto –dijo, hablaba mientras botón un apretando.

–Campo dicho, invertir incluso e, manipular puede fabricado he que máquina la. Campo un es tiempo el. –Hija su a día buen un dijo–. Clave ecuación la encontrado he y.

Años muchos de largo lo a tiempo del teoría la en trabajado había Jones profesor el.

Final el

Hizo girar la esfera hasta el cero y apretó el botón.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver. III

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo comprendió que tendría el mundo en sus manos, mientras mantuviera su invento en secreto. Especulando en las carreras y la Bolsa, podía hacerse fabulosamente rico en muy poco tiempo. La única dificultad residía en que estaba sin un céntimo. De pronto recordó la tienda donde trabajaba y la caja fuerte con una cerradura de tiempo que en ella había. Una cerradura de tiempo no suponía ningún problema para un hombre que tenía una máquina del tiempo.

Se sentó en el borde de la cama para pensar. Se metió la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos, y los sacó... pero junto con ellos salió un montón de dinero, ¡un puñado de billetes de diez dólares! Miró a los demás bolsillos y encontró dinero en todos y cada uno de ellos. Lo amontonó encima de la cama y, tras contar los billetes grandes y calcular el importe de los pequeños, descubrió que tenía unos cuatrocientos dólares.

De repente comprendió lo ocurrido, y se echó a reír. *Ya* había avanzado en el tiempo y vaciado la caja fuerte del supermercado, utilizando después la máquina del tiempo para retroceder al momento en que la había inventado. Y como el robo, en tiempo normal, aún no había sucedido, todo lo que tenía que hacer era salir rápidamente de la ciudad y encontrarse a miles de kilómetros de distancia de la escena del delito cuando éste sucediera.

Al cabo de dos horas, estaba en un avión con destino a Los Angeles –y la pista de Santa Anita–, sumido en profundas reflexiones. Algo que había olvidado considerar era el hecho aparente de que, cuando realizaba un viaje al futuro y regresaba, no se acordaba de lo que todavía no había ocurrido.

Pero el dinero había regresado con él. De igual modo regresarían los pagarés, los programas de las carreras de caballos, y las páginas financieras de los periódicos. Daría resultado.

En Los Angeles, cogió un taxi hasta el centro y se alojó en un buen hotel. Ya era de noche, y consideró brevemente la posibilidad de viajar hasta el día siguiente para ahorrarse la espera, pero comprendió que estaba cansado y tenía sueño. Se acostó y durmió hasta el mediodía del día siguiente.

El taxi que abordó se vio mezclado en un atasco de tráfico, y no llegó a la pista de Santa Anita hasta poco después de la primera carrera, pero llegó a tiempo de leer el número del ganador en la pizarra de anuncios y anotarlo en su hoja volante. Presenció otras cinco carreras, sin apostar, pero anotando el ganador de cada carrera, y decidió no molestarse en presenciar la última. Abandonó la tribuna principal y buscó un lugar apartado donde nadie pudiera verle. Reguló la esfera de su máquina del tiempo hasta dos horas antes, y apretó el botón.

Pero no sucedió nada. Lo intentó nuevamente con el mismo resultado y entonces una voz a su espalda dijo:

–No funcionará. Está en un campo desactivado.

Dio rápidamente media vuelta y se encontró frente a dos hombres jóvenes, altos y delgados, uno rubio y el otro moreno, con una mano en el bolsillo como si empuñaran una pistola.

–Somos miembros de la Policía del Tiempo –explicó el rubio–, y venimos del siglo veinticinco. Hemos acudido para castigarle por uso ilegal de una máquina del tiempo.

–Pe... pero –tartamudeó Weaver–, ¿có...cómo iba yo a saber que las carreras eran...? –Su voz se hizo algo más firme–. Además, todavía no he hecho ninguna apuesta.

–Eso es cierto –dijo el joven rubio–. Sin embargo, cuando descubrimos que el inventor de una máquina del tiempo la utiliza para ganar en cualquier juego de azar, le advertimos por ser la primera vez. Pero hemos seguido su pista y descubierto que el primer empleo que usted dio a su máquina del tiempo fue para robar dinero de una tienda. Y esto constituye un delito en todos los siglos. –Sacó algo parecido a una pistola de uno de sus bolsillos.

Eustace Weaver dio un paso atrás.

–No... no querrá decir que... –Es exactamente lo que quiero decir –repuso el joven rubio, apretando el gatillo. Y esta vez, con la máquina desactivada, supuso el fin para Eustace Weaver.

tres fantasías temporales

Por Fredric Brown

-ADRIANA ROD-

El final

El profesor Jones había trabajado en la teoría del tiempo a lo largo de muchos años.

–Y he encontrado la ecuación clave –dijo un buen día a su hija–. El tiempo es un campo. La máquina que he fabricado puede manipular, e incluso invertir, dicho campo.

Apretando un botón mientras hablaba, dijo:

–Esto hará retroceder el tiempo el retroceder hará esto –dijo, hablaba mientras botón un apretando.

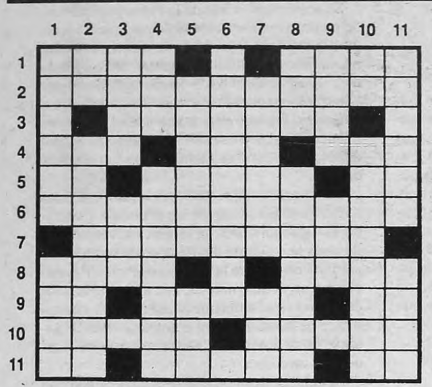
–Campo dicho, invertir incluso e, manipular puede fabricado he que máquina la. Campo un es tiempo el. –Hija su a día buen un dijo–. Clave ecuación la encontrado he y.

Años muchos de largo lo a tiempo del teoría la en trabajado había Jones profesor el.

Final el

JUEGOS

ortodoxo



HORIZONTALES

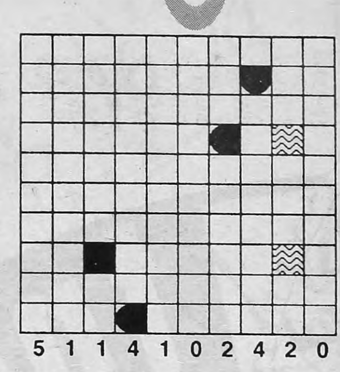
1. Amarrar./ Limpia, sin mezcla.
2. Que demuelen.
3. Anulará, derogará.
4. Hogar, fogón./ Tratamiento inglés./ Letra "ele" del alfabeto arábigo.
5. Primero en su especie./ Semejante, parecido./ Sudeste.
6. Desalentaron.
7. Indicaban, significaban.
8. Palo largo y delgado./ Atreverse.
9. Encaminarse hacia un sitio./ Tocar cariñosamente con los labios./ Preposición.
10. Mamíferos rumiantes./ Prueban algo para examinar su sabor.
11. Terminación de aumentativo./ Perteneciente a la nariz./ Preposición que significa "bajo".

VERTICALES

1. Tributad elogios inmerecidos./ Que tiene vida.
2. Infusión./ Pondrán suave como la seda.
3. Querer mucho./ Existir.
4. Zumo de fruta, mezclado con miel o azúcar cocido./ Curaban.
5. Natural del valle de Losa, en la provincia española de Burgos./ Pronombre demostrativo (fem.).
6. Fijes límites.
7. Ponga fin a una controversia./ En este lugar.
8. Preposición que denota la causa./ Relativo al trabajo.
9. Río que sirve de límite entre Europa y Asia./ Igualdad de nivel.
10. Nota musical./ Motines.
11. Toman para sí./ Mamífero cérvido, de astas muy ramosas.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





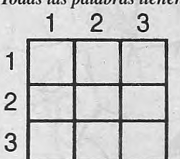
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
5	8	0	4	1	0
9	7	2	1	0	1
6	3	4	8	1	1
7	2	5	9	0	1
2	3	1	7	0	1
3	8	7	2	0	1

uno, dos, tres

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



HORIZONTALES: 1. Insecto ortóptero saltador. 2. Perteneciente al éter (fem.). 3. Toma fuertemente una cosa.
VERTICALES: 1. Hendedura. 2. Venir de un sitio a otro, arribar. 3. Ventilará o pondrá al aire una cosa.

escaleras

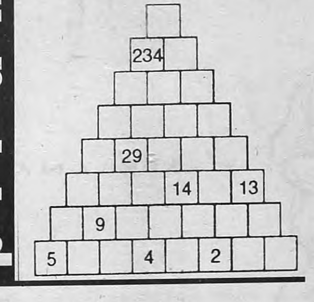
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez, lo logre en menos pasos que nosotros.

A
COLA
RABO

B
MOVER
DEJAR

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



acomodo

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.



¿anagrama o sinónimo?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Latido
2. Paraíso.
3. Trampa.
4. Querido.
5. Mies.
6. La./Nos.

VERTICALES
1. Decenio.
2. Mide.
3. Bobas.
4. Patos.
5. Modo.
6. Nao./Ni.

	1	2	3	4	5	6
1						
2					■	
3						
4						■
5		■				
6			■			

solución

Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

escalera

A. Sofía, solía, molía, molla, malla, maula, Paula. B. Martín, mártir, partir, partís, partos, pardos, cardos, Carlos.

número oculto

7492.

batalla naval

¿anagrama o sinónimo?

P	I	S	A	■	C
A	R	O	M	A	R
L	A	N	O	S	O
E	S	A	■	I	N
T	■	D	O	L	O
A	T	O	N	O	S

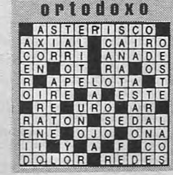
uno, dos, tres

SAL	DO	S
TO	C	INO
S	ENA	DO

acomodo

	A	T	A	R	
C	O	R	R	E	A
L	I	A			
		M	O	Ñ	O
	N	U	D	O	
	S	O	G	A	

ortodoxo



■	A	S	T	E	R	I	S	C	O	■
A	X	I	A	L	■	C	A	I	R	O
C	O	R	R	I	■	A	N	A	D	E
E	N	■	O	T	■	R	A	■	O	S
R	■	A	P	E	L	O	T	A	■	T
O	I	R	E	■	A	■	E	S	T	E
■	R	E	■	U	R	O	■	A	R	■
R	A	T	O	N	■	S	E	D	A	L
E	N	E	■	O	J	O	■	O	N	A
I	I	■	Y	■	A	■	F	■	C	O
D	O	L	O	R	■	R	E	D	E	S

pirámide numérica

447
190 257
78 112 145
31 47 65 80
12 19 28 37 43
5 7 12 16 21 22
3 2 5 7 9 12 10
2 1 1 4 3 6 6 4

